

EN París, Marlon Brando y María Schneider; en Barcelona, Enric Barbat y Guillermina Motta. Perdonen las distancias reales y convencionales que separan ambas ciudades y ambas parejas. Por ejemplo, Marlon Brando termina la secuencia del tango con una magistral bajada de pantalones. Barbat, no. Pero hay un cierto eje París-Barcelona en este «revival» del tango, que llega precisamente cuando esta danza pertenece casi exclusivamente a la liturgia taxidermista de las academias de baile y el canto vive en los baúles de la nostalgia o trata de prender nueva llama en las cuerdas de las guitarras «contestatarias» argentinas.

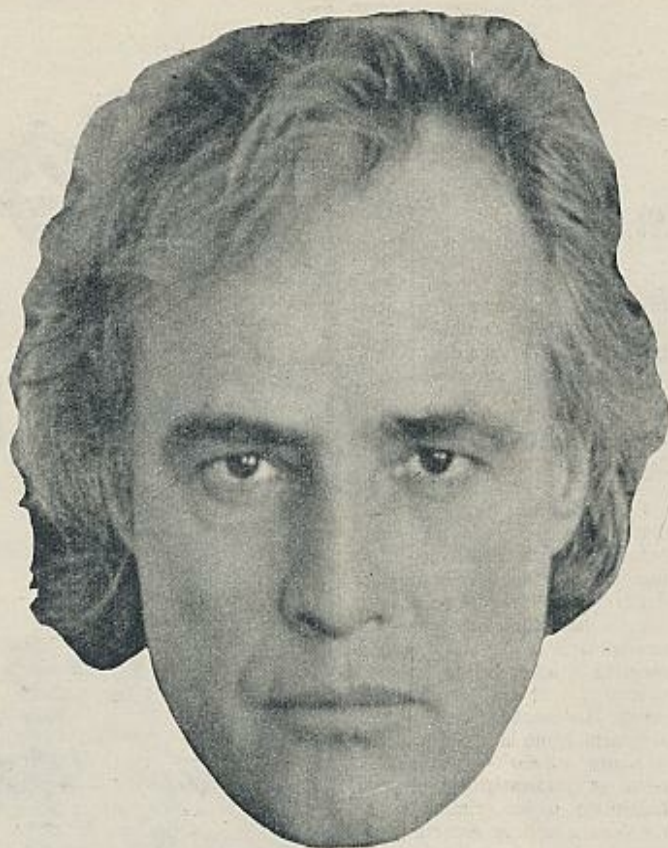
Para un europeo, el tango nunca ha sido otra cosa que el espectáculo de la tristeza ajena, o la tristeza ajena convertida en un espectáculo teatralizado. Para un argentino, por ejemplo, para Ernesto Sábato, el tango es otra cosa, otra cosa muy importante: «Los millones de inmigrantes que se precipitaron sobre este país en menos de cien años, no sólo engendraron esos dos atributos del nuevo argentino que son el resentimiento y la tristeza, sino que prepararon el advenimiento del fenómeno más original del Plata: el tango». Esta afirmación de uno de los más importantes escritores argentinos de estos últimos lustros, inicia un librito sobre la cuestión hasta ahora insuperado. En él encontramos valiosas y válidas opiniones sobre el tango. Una de ellas puede constituir el prólogo de todas las demás: «Sin mentir, podría asegurarse que no hay escritor argentino desinteresado del tango o del mundo que lo vio nacer, desde Fray Mocho a Leopoldo Lugones». Y el mismo opinante llega a decir: «Muchas piezas admirables de nuestra literatura no son sino letras de tango idealizadas».

Es cierto: siempre ha habido mucha relación entre tango y literatura. Lugones satiriza a la chica tanguista:

Chica que arrostras en el tango  
con languidez un tanto cursi,  
la desdicha de «Flor de Fango»  
trovada en verso de Contursi...

Y, en cambio, en un tango de Enrique Cadícamo se utiliza una estrofa de Rubén Darío como estribillo:

Juventud, divino tesoro,  
te fuiste para no volver,  
cuando quiero llorar no lloro  
y a veces lloro sin querer.



# TANGO TANGO TANGO

Enrique Santos Discépolo, el más afortunado letrista de la historia del tango, dijo que era: «Un pensamiento triste que baila». Sexo, descontento, bandoneón y metafísica, cuatro de los apartados del estudio de Sábato, también componen una buena definición del tango. Este baile y este canto, nacidos, según parece, en los mercados al aire libre formados por carretas y en los que confluía la vida criolla, el campesinado y los inmigrantes, con su marginada subnormalidad, dieron ritmo y música a un pueblo y crearon una imagen de exportación que llegaría a Europa en los años anteriores a la primera guerra mundial, pero

triumfarían, madurarían y se agotarían en el período de entreguerras. Blasco Ibáñez retrata en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* el esplendor tanguista del París alegre y confiado, que fue sorprendido por el estallido de la guerra. El tango era, como la banana o el coco, un fruto, esta vez sentimental, que sorprendía el paladar europeo. Para cualquier argentino era la expresión de un alma nacional, en la que confluían todas las notas de la cultura marginal. Para un europeo era una novedad y la caricatura de los sentimientos más primarios.

Curiosamente, la Europa de 1973 ha vuelto al tango cuando ha que-

rado reírse de su propia fragilidad sentimental. Porque si no me equivoco, de eso se trata y en eso estamos.

## Por los cerros de Vietnam

Bertolucci trata de decirnos en «El último tango en París» que basta ponerse una corbata, peinarse con peine y tratar de enseñar el carnet de identidad a una muchacha, para que el más loco y misterioso de los amores se transforme en un molesto intento de ligue, en una historia vulgar que puede culminar con el acompañamiento del bandoneón. «La vida es un tango», decían los castizos, y según como la mires, no hay ninguna duda. La vida y la política, y la moral y la historia. No hay gesto sublime que no admita su contrario. La ambigüedad del comportamiento ha sido un descubrimiento de larga gestación y de reciente explosión en las siete u ocho o nueve artes homologadas.

Recuerdo una película de la «nouvelle vague», *La peau douce*. También era un hermoso tango. Los protagonistas pertenecen a la casta intelectual acomodada. Han adquirido esa difícil manivela con la que las gentes más inteligentes gradúan su propia distancia a toda clase de realidades. Y, sin embargo, liquidan sus conflictos interpersonales a tiro de carabina, a trabucazo limpio. Hay una profunda corriente biológica que reclama el estudio del hombre como un animal más y rechaza la mixtificadora tradición religioso-científica que ha subdividido el reino de la vida en animales, plantas y hombres. Se quiere así descubrir en qué rincón del cuerpo arde la llama de la irracionalidad, a manera de pequeño fuego oculto en los volcanes apagados.

Hay una honda y extensa desconfianza del hombre moderno hacia sí mismo. Entre psicoanalistas, marxistas, físicos y biólogos, han dejado patas arriba aquella patética casita con jardín, laboriosamente construida por la burguesía victoriana, a manera de caseta de perro situada al Este del Edén donde refugiarse el hombre providencial en su perpetuo recorrido en pos del paraíso y el absoluto. Si Bertolucci creyera en el hombre con la fe de un Vittorio de Sica en *Milagro en Milán*, habría terminado su película sin mostrarnos a Marlon Brando con cor-



## M. VAZQUEZ MONTALBAN

bata y carnet de identidad. El espectador que le ha visto en cueros, con la mirada extraviada por el dolor y la tristeza, con la brutalidad más estetizante a flor de piel, no puede tolerar que de pronto se convierta en un hombre normal y corriente, casi viejo, que persigue a una muchacha que podría ser su hija.

Sin la menor piedad, Bertolucci ha creado el encantamiento del misterio, y lo disuelve en un simple fundido para mostrar a continuación la tremenda vulgaridad en que puede ir a parar la historia más quintaesenciada. Se le podría cantar a Marlon Brando:

Paseando en las calles... de In-  
[fante o en auto,  
sos todo un jaileife de corto  
[gabán...  
el último grito del corte «tro-  
[vato»,  
viejito palmera, color de aza-  
[frán...  
Clavao... ¡son las doce!... ya  
[estás de parada...  
y haciéndote el boncha, risueño  
[y dulzón,

te tirás el lance con las cole-  
[gialas  
y andás con pastilla para el co-  
[razón

Esta desconfianza ante los gestos puede ser el principio del fin de toda religiosidad, y por ahí tendría una consecuencia positiva. Pero también puede ser la culminación de un escepticismo nacido como consecuencia de la segunda «belle époque» europea, aparentemente interrumpida por el mayo francés. Bertolucci, que por su sensibilidad y voluntad crítica era uno de los exponentes de aquella mezcla de anarquismo, marxismo y James Joyce que conformaba la juventud artística de la revolución poética, parece cansado de que Pompidou esté en 1973 casi donde estaba en 1967, y que Andreotti esté donde estaba el «tándem» Moro-Nenni, o que las leyes del divorcio, del aborto, de la libertad de prensa, estén donde estaban en 1945. El espejo europeo es angustioso por lo aquietado, y no todos los días se levantan los artistas e intelectuales con ánimos para com-

probar el movimiento del mundo y la historia en los cerros de Vietnam. Los cerros de Vietnam eran los cerros de Ubeda de la «inteligencia» europea.

### Cada cosa en su sitio

Pero si Bertolucci o Maurice de Bellencourt descubren que se han frustrado las grandes esperanzas de 1945, ¿qué podrían decirnos los intelectuales argentinos que descubren de pronto que las cosas están donde estaban antes del golpe de Estado «descamisado» que llevaría a Perón a la Presidencia? Las fotografías de prensa nos han ofrecido la insólita imagen de Perón y Cámpora bailando un tango en Roma.

No atienda cuentos, mi vida de cualesquier farabute.  
Conmigo estará de bute si me aceta la partida.  
Tendrá, sin sacar la cuenta, de todo, como en botica, y hasta un bulín más shofica qu'el tango de los cincuenta.

¿Alguien puede negar la hermosura de un probable tango bailado por distintas parejas de los que discuten el reajuste monetario entre Estados Unidos y Europa?

Diga por qué está enojada con su negro compadrito, que le ha costado una hombrada para tenerla mimada y que la quiera cun poquito.

Perón canta desde la Roca Tarpeya:

Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos van marcando mi retorno...  
Son las mismas que alumbraron con sus pálidos reflejos hondas horas de dolor.

Nixon canta a la vieja Europa una canción de rescoldo:

Arrímese al fogón, ¡viejita, aquí,  
[a mi lado!  
y ensille un cimarrón para que  
[dure largo  
¡Atráquele esa astilla, que el  
[fuego se ha apagado,  
revuelva aquellas brasas y cebé  
[bien amargo!

¿Acaso no tiene aires, tonos, voces de tango mucha de la vana palabrería política española, con la que se dice lo que se quiere decir sin que nadie se entere exactamente de lo que exactamente se dice?

Como una chipia de pan couleando, vas por la chutra del vago arrabal, pulipa tierna, tierna pulipa del rejusto chutra real vienen pandulas chutras de invierno, y algo me dice: vas a florar.

La parodia de los grandes comportamientos cabe cuando se huele la chamusquina de la inautenticidad. En el secreto de la historia politicada sólo están los que han aprendido a hacer trampas, y en el secreto de la conducta personal sólo están los «mediuns» de la medicina o la religión. Frente a esa impotencia participativa, ¿qué menos que un tango? ¿Qué menos que la defensa de la parodia de todo lo que ha intentado convertirse en corsé envarador del comportamiento?

«... Sin la menor piedad, Bertolucci ("El último tango en París") ha creado el encantamiento del misterio, y lo disuelve en un simple fundido para mostrar a continuación la tremenda vulgaridad en que puede ir a parar la historia más quintaesenciada...».





## TANGO

### Por culpa de la televisión

Esa inapetencia e impotencia para ir más allá de las apariencias que los dueños de la Historia reservan para las fotografías preparadas, ha afectado sobre todo a la casta intelectual. Cabría esperar, cabe esperar, una reacción más combativa por parte de las principales víctimas de la mixtificación, las víctimas de la represión económica, política, sexual, sentimental. Si esas principales víctimas no lo remedian, mucho me temo que esos tangos paródicos que son los principales productos culturales europeos sólo puedan ser enmendados por el tango del tango paródico, y así sucesivamente. De momento, las principales víctimas de la mixtificación presencian en primera fila, ante las pantallas de la televisión, el espectáculo trucado de la realidad. Pero algo hemos ganado. He descubierto un tango de Carlos A. Jonsson y Riobal que afronta la tragicomedia de la alienación televisiva:

Cuando llegaba a mi casa des-  
[pues de yugar las ocho,  
me daban mate, bizcochos y la  
[quinta pa'leer,  
y al cabo de dos horitas se ma-  
[tizaba el ambiente  
con el aroma atrayente de un  
churrasco en la sartén.

Te lo juro, yo era un cambia y  
[de nada me quejaba,  
ni el rajá de Kapurtala vivía me-  
[jor que yo,  
pero un día, qué locura, quise  
[darle la sorpresa,  
y hoy me agarro la cabeza para  
[ese televisor.

Hoy como todo en pastillas,  
cómo añoro el pucherete  
y aquel aroma atrayente  
que venía del sartén,  
y cuando tiro la bronca  
pa'tomar un matecito,  
me dicen: Pero, viejito,  
estoy mirando la televisión.

Y pensar que estoy pagando  
[mes a mes el aparato  
laburo hasta los domingos para  
[juntar el tovvén,  
y para colmo de males, ayer me  
dijo la «donna»:  
¿Me perdonás quiridito? Estoy  
[loca por Cheyeno.

Tango, tango, tango... ■ M. V. M.

# BRANDO, BUÑUEL Y LOS "OSCARs"



Arriba, Marlon Brando contempla a los miembros de la milicia negra «Panther», que asisten, en actitud militar, al funeral por Bobby James Hutton, que resultó muerto durante un tiroteo con la Policía de Oakland en los disturbios de 1968. Abajo, Luis Buñuel, dirigiendo una secuencia de «El discreto encanto de la burguesía», por la que ha obtenido este año el Oscar a la mejor película extranjera.